



Capítulo I: La huida

A los diecinueve años nadie huye por cansancio de la vida. A esa edad, te estás haciendo un hueco a codazos, a empujones, porque acabas de llegar a la vida, como quien dice, y todo es nuevo y con todo quieres experimentar.

A los diecinueve años quieres beberte las horas a borbotones y derrochar los minutos con la generosidad de un loco, como si fueran ilimitados y manaran de una fuente eterna. Hasta entonces, la existencia es un aterrizaje: desde una órbita fantástica hasta una realidad terrosa. En unos casos, la mayoría, es un llegar al mundo suave y fácil, acompañado por personas que te protegen y te quieren. Ya has olvidado la niñez y acabas de abandonar la adolescencia, esa etapa que es lo más parecido a una enfermedad, pero sin serlo.

A los diecinueve años estrenas juventud y eso significa ir de sorpresa en novedad con la graciosa y ridícula pretensión de hacerte el vivo y aparentar que se está de vuelta de todo. Error tras error, acabas atrapando la verdad.

Pero en el caso de Garoa, esa juventud es un estado enquistado, dramático y al mismo tiempo gozoso. Un bucle en el tiempo que

no tiene fin. Un bucle endemoniado que le condena a ser eternamente salvaje en un cuerpo joven.

Año 2019

Garoa sufre una vez más el peor de los desenlaces: el adiós pactado y convenido de un amor. Tiene unas horas para rehacer su vida y, aunque ya tiene experiencia —mucho más de la que sospecháis—, su mochila sentimental ya está llena de olvidos, de huidas y de desencuentros.

De adioses acordados.

De amores perdidos. De renunciadas. De abandonos.

De penas y tristezas, que son los sentimientos que de verdad le pesan.

Está de pie, ligeramente inclinado ante el ordenador que descansa sobre la mesa del comedor. Tiene abierto un buscador de vuelos y se dispone a cerrar la compra de un viaje sin regreso. Marca la opción «solo ida». El largo y fino dedo índice de su mano derecha se desplaza sobre la tecla «enter».

El corazón le palpita otra vez al ritmo de la despedida. No puede evitar que los ojos se carguen de lágrimas y en la garganta se forme un nudo de dolor. Pero ya ha llorado todo durante los últimos días. Como poco, un lago de lágrimas saladas, un pequeño mar Muerto.

Desde el altavoz Sonos, *O mio bambino caro* llena el espacio y sus notas son como puñales. Ya lo fueron en más ocasiones. Detesta esa pieza, porque le trae recuerdos que desearía olvidar, pero le atrapa desde el mismo día de su estreno en la Metropolitan Opera de Nueva York el catorce de diciembre de 1918.

Garoa creció en algún lugar donde las razas se mezclaron sabiamente. En él se fundieron bellezas perfectas que dieron lugar a un joven alto, proporcionado, como lo sería el hijo de un dios griego, y atlético como un felino.

Su pelo liso y abundante refleja el atardecer con brillos castaños y briznas doradas, y sus ojos son dos lagos de aguas verdes o azules, según el cielo esté más o menos encendido, que destacan grandes en su piel morena; intensamente morena.

Garoa tiene, además, una tez perfecta que enmarca sus suaves labios gruesos y carnosos. Tras ellos, se esconden los dientes más blancos que podáis imaginar.

Por eso, y porque Garoa ya ha vivido tanto a sus diecinueve años, sabe emplear el arma de su sonrisa como un escudo imbatible en las negociaciones del amor, en las discusiones de la vida o en la lucha por la razón: por tener siempre la razón. Cuántas veces habrá vencido sin mediar argumento ni aún palabra, solo con mostrar esa combinación todopoderosa de sonrisa y mirada penetrante.

Ha perdido la cuenta de sus victorias.

Durante años, Garoa ejerció su cuerpo con tenacidad y disciplina, no en vano, su altura requería de una musculatura formada y resistente que compensara la anchura de sus hombros, la longitud de sus brazos y la fortaleza de sus piernas.

Por todo ello, y sabiendo que su imagen ha sido la llave que tantas puertas le ha abierto, ha cuidado hasta el extremo su cuerpo y los resultados están a la vista: un joven envidiable, tan perfecto que podría ser la portada de cualquier revista de moda.

Si pudiera permitírselo.

Tiempo ha tenido para dedicarse a sí mismo. Y lo tendrá, vaya si lo tendrá. Su secreto es precisamente ese: el tiempo; ese tesoro tan preciado, abundante al inicio de la vida y que con el paso de

los años vamos gastando sin valorarlo hasta que un día, de golpe, reparamos en su escasez. De ahí que el tiempo sea oro.

Pero qué tarde lo aprendemos.

Garoa no tiene ese problema. Allá por el siglo xv, una extraña mutación genética hizo que, en cada replicación celular, no hubiera acortamiento en los telómeros de sus células.

Sin pérdida en la longitud de los telómeros, no hay envejecimiento.

Sin envejecimiento, cuando sus células se reproducen exactamente igual que las anteriores, la vida se convierte en eterna.

El tiempo se detiene en un punto.

En ese punto: diecinueve años.

Y empieza el drama de la eternidad, del no-tiempo, de la inmortalidad.

Año 1428

Garoa ha salido una mañana temprano del valle de Lezcano por la parte del Reino de Navarra. Ha atravesado el monte de Aralar cuajado de robles y, caminando en solitario durante cuatro días y tres noches, ha llegado a una población grande y parcialmente amurallada formada por tres antiguos burgos y habitada por numerosas personas: Pamplona.

El monarca, Carlos III de Navarra, está formando con la gleba un ejército para defenderse de los Castellanos; pagan bien y Garoa, curioso como tantos jóvenes, desea participar de esa aventura.

El viaje ha sido duro, aunque la primavera ya asoma por los bosques y el frío no le ha incomodado demasiado. Durante el viaje ha consumido todos los víveres que traía consigo.

Atrás ha dejado a sus padres, Ager y Alatz. No tiene hermanos vivos: todos murieron en el parto y él ha nacido con la brutal fuerza acumulada de tantas gestaciones fallidas y malditas, por lo que la pena de su partida ha sido grande, inmensa. Ha dejado la casa vacía de futuro.

A sus padres algo les dice que esa batalla que se prepara entre Castilla y Navarra se llevará por delante a su impetuoso hijo, pero esa es la ilusión del muchacho: abandonar su aldea natal, Zubierreka, con sus nieblas, sus lluvias y su rutina hecha de soledad, para conocer otros mundos. Y esa ilusión, convertida primero en deseo y ya al final en obsesión, a buen seguro que se va a cumplir, incluso contra su voluntad.

Garoa alcanza, por fin, una casa, la primera de la ciudad, junto a la vieja muralla; allí se concentran otros jóvenes recién llegados con el mismo propósito: el de enrolarse en el ejército para hacer la guerra.

Es tarde y su estómago ya le pide una ración de alimento.

La casa en la que se detiene está construida con piedra tosca desde la base y hasta la primera planta. A partir de ahí, hay un sobrado amplio de empalizada y adobe rematado por un tejado a cuatro aguas de rústicas lajas de piedra a modo de tejas. El edificio es grande pero humilde. Las ventanas no son más que huecos pequeños, algunos cubiertos con telas y otros con portillos de nogal y pino. Seguramente alberga a más de una familia con sus bestias.

Uno de los mozos no le quita la mirada de encima: va fuertemente abrigado y debe tener la misma edad de Garoa. Es más bajo, flaco en apariencia, pero robusto como un roble. El muchacho le contempla como un posible adversario en la futura selección de los voluntarios o tal vez como un fiel compañero en la batalla, si es que a los dos los eligen. Mañana hay nuevas incorporaciones y

cuantos más candidatos se presenten, menos posibilidades tendrá de entrar a formar parte del ejército.

—*He, lagun, ¿nola zaude?* —pregunta el mozo mirando sonriente a Garoa. Por el habla, es de un valle Bascón.

—Hambre tengo, y mucha. ¿Qué tienes? —responde Garoa, que le ha entendido perfectamente en su idioma.

Garoa le identifica por el acento como un paisano suyo; tal vez de un valle cercano.

—Algo hay, ven, acércate —dice el muchacho.

Se aproxima Garoa al portal de la casa y el bascón se levanta del poyo que está junto a la entrada. Cuando Garoa llega a su altura, el muchacho no puede evitar comentar:

—¡Ah!, qué alto eres: ¡serás abanderado, seguro! No estaremos juntos.

Sonríen.

La altura de Garoa parece tranquilizar al bascón: no será un adversario para él, por lo menos en la selección de candidatos, y abriendo su zurrón saca un bollo de pan negruzco y se lo ofrece a Garoa que, con una sonrisa, lo toma partiéndolo en dos trozos y le devuelve una mitad al muchacho.

—Sanduru me llamo, ¿y tú? —dice este.

—Garoa. —Y se abrazan. Salvo por la altura que les diferencia, en lo demás están parejos.

—De Zubierreka vengo, ¿y tú? —habla Garoa.

—De la costa, allí dejé caserío y familia, ¡pero ya tengo ganas de volver y no he llegado ni hace una hora!

Sanduru muestra una noble y amplia sonrisa al tiempo que guiña un ojo a Garoa, en señal de broma. Deja ver el bascón una hermosa dentadura completa y no mal ordenada.

Sanduru, de la misma edad que Garoa, tiene un cuerpo de hombre joven. Sin duda, sus años de trabajo en el campo le han fortale-

cido y sus brazos y hombros deben ser descomunales a juzgar por su aspecto bajo los harapos en que se han convertido sus ropas.

Garoa repara inconscientemente en los bellos ojos color miel del muchacho y en la notable ausencia de vello facial. Su piel es blanca y tersa, pero tiene ese tono sano y dorado que proporciona el trabajar al aire libre. En cambio, el pelo negro y brillante de su cabellera, que cae abundante y lacio por la frente, le da un aire alegre.

Mientras comen, hablan de sus orígenes, de sus sueños y esperanzas y enseguida saben que serán buenos amigos. Y ya, terminando de comer, con la solemnidad de que son capaces dos muchachos tan inocentes, se conjuran para ser hermanos en la batalla y compañeros en la aventura.



Capítulo II: Madrid 2019

«Enter».

Gracias por su compra. Tome nota de su referencia de vuelo: EV4562.

Cierro el ordenador.

—¡Garoa! —me llaman desde la cocina. Es Abel.

Ahora cada nueva palabra es una cuenta atrás. Pienso: «No hables, Abel, cada palabra que digas es una menos que oír de ti. Si cien me quedaban por oír, noventa y nueve restan. Calla, por Dios».

—¡Garoa, coño!, ¿me oyes? —grita.

Solo ya noventa y cinco, calculo mentalmente mientras corro a la cocina.

—¡Abel, ya te oigo, estaba comprando el billete!

Le miro y me mira; tras él, la mesa está puesta perfectamente como siempre. Hoy, además, ha puesto unas flores. En sus ojos hay algo que no es el brillo de todos los días.

Noto que la emoción me desborda y estallo en un llanto que no viene a cuento: otra vez.

Y ya van... ni se sabe.

Me derramo en lágrimas que caen sobre la sencilla cena que Abel ha preparado.

Él me pasa su brazo por el hombro: sabe que pronto pasaremos página y esta horrible situación será un recuerdo imborrable y triste, pero recuerdo, al fin y al cabo, y como tal, un sentimiento neutralizado.

Desde hace muchos años, Abel tomó la costumbre de ocuparse de las cosas cotidianas del día a día y esa costumbre se la tomó como un deber. Y cumplió fielmente con ese papel auto asignado y con mil tareas más que poco a poco fue asumiendo voluntariamente y con gusto.

La vida junto a él ha sido perfecta. Fácil, regalada, bien rodada, sin alteraciones dignas de mención. La repetiría sin la menor duda.

No puedo comparar. No le puedo comparar. Ha sido casi único. Por supuesto, él está en ese lugar que ocupan los amores que me han hecho sentir útil y vivo. En sus brazos me he sentido protegido. Con su cuerpo me ha llenado de amor y aún nos ha sobrado. Durante tantos años, sin necesidad de hablar, nos hemos entendido a la perfección: una mirada, una respiración, un resoplido, incluso un bufido...

Un coger aire para decir lo que no hace falta decir, y finalmente no tener que decirlo.

—Dios, ya lo hemos hablado, Garoa. —Y me abraza de nuevo con fuerza.

Yo, sin consuelo, tiritito de terror ante el abismo: otra vez vuelta a empezar.

Recuerdo cuando me separé de Manuel Sánchez, otro gran amor, durante las primeras revueltas de Cuba, allá por 1898. La pena me duró años y pensé que había llegado el momento de poner fin a mi inmortalidad.

Debería haberlo hecho entonces, pero perdiendo la vida me habría quedado sin lo que esta aún me quería regalar.

Abel tiene ya sesenta y cuatro y aquí se termina el viaje que durante cuarenta años hemos compartido. Lo pactamos hace mucho tiempo, no recuerdo cuánto.

Siento cómo su cuerpo fuerte me rodea con un abrazo. Me aprieta enérgico. El amor que nos tenemos está por encima del tiempo y de la memoria. En muchas ocasiones he tratado de retrasar este momento, pero él tiene sus razones para no hacerlo.

Sigue siendo un hombre atractivo, con sus ojos azules y su buen pelo peinado para atrás. Casi tan alto como yo, ahora mide tal vez unos centímetros menos, pero yo procuro no estirarme a su lado para que no lo note.

Aunque él lo sabe.

Abel se queda en buenas manos. En este caso lo hicimos bien. Hace tiempo que dejé abierta la puerta de su amor para que lo derramara y atrapase a la maravillosa persona con la que se quedará, enamorado, hasta el final de sus días: de los días de ellos dos.

—Y Fernando... —pregunto entre hipos— ¿cuándo llega?

—Cuando tú ya no estés.

—Mañana pues. —Le miro más calmado; sé que todo estará bien.

Conozco desde hace años a Fernando y creo que sabrán darse todo el amor que merecen. De hecho, alguna vez durante los últimos meses he percibido que yo ya estaba de más, que Fernando tenía la urgencia y el deseo de sustituirme. Tal vez solo era una sensación, pero aquello, lejos de incomodarme, me generaba una tranquilidad que no puedo explicar.

—A las dos despega mi avión —anuncio cambiando de tema.

—No podré ir, lo sabes. Me rompería el alma verte desaparecer por la puerta de embarque. Además, no quiero saber dónde vas.

—Ni debes saberlo —puntualizo.

Durante estos últimos casi seiscientos años me he despedido de grandes amores. A algunos los he visto morir en mis brazos. Otros me han terminado odiando y a los más, los he abandonado cuando me han dado la mínima ocasión, ahorrándoles preguntas para las que no tenía respuesta durante demasiado tiempo.

En algunos casos, ellos me han abandonado sin yo merecerlos y en otros muchos, sin merecerme ellos.

Ahora ya es distinto. Ya tengo la explicación científica y resulta más fácil que asimilen mi secreto y la razón de mi eterna existencia.

Aun así, nunca es fácil.

Cenamos en silencio. No puedo dejar de dramatizar cada momento, cada gesto. Cada cosa que hacemos es la última vez que sucederá.

En el salón, bastante lejos de la cocina, el rumor del telediario es como una válvula de escape a ese silencio cargado de tensión.

—La última noche —digo. Le miro sonriendo, pero por dentro vuelvo a llorar. No consigo acostumbrarme a estos adioses eternos que me ha tocado vivir.

Abel se está haciendo el duro. Yo sé que sus ojos azules le dan un poder especial, que le dan un plus de resistencia. A mí no me sirven mis ojos azules. Es como si los tuviera marrones o negros. Sé por experiencia que los ojos marrones o negros lloran con más facilidad. Con más frecuencia. Más a gusto. Yo debería tenerlos marrones.

Esa noche no hacemos el amor. Para qué. El amor ya vive en nosotros y nadie nos lo va a quitar. Nos metemos en la cama juntos, aunque él tarda un poco más. ¿;Se ha puesto algo de colonia!? Jamás hizo algo así para meterse en la cama. Sin duda quiere dejar

un buen recuerdo. Qué infantil es. —Sonrío por primera vez en mucho tiempo.

Nunca ha dejado de ser un niño.

Todo me sigue pareciendo tan raro...

Estoy agotado y me duermo, pero antes le digo:

—No dejes tus clases de informática, ahora ya no estaré yo.

—Fernando me ayudará, es más listo que tú. Además, tú eres un viejo multicientenario.

Sonrío.

Y nos dormimos... O no.